

EL DIARIO DE FRACTOWN



• CESAR CASANOVA LOPEZ •

El Diario de Freetown



César Casanova López

<http://cortados.idomyweb.com>

© 2007 César Casanova López



El Diario de Freetown por César Casanova López está bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento - No comercial - Compartir bajo la misma licencia.

Escrito en Septiembre de 2007 con OpenOffice.org

El personaje semanal

Kaizoku de la costa sur

por Juan Torres

Sábado, 24 de Septiembre del 2208

El cielo sobre el puerto tiene el color del hierro oxidado relumbrando tenuemente bajo los rayos de un sol cruel. Es un día como otro cualquiera en la costa sur de Freetown. Hace un horrible calor seco y la garganta se me irrita por la gran concentración de ozono en el ambiente. Sobre toda la macrociudad libre reposa una cúpula gaseosa de color marrón grisáceo, que se ha formado a causa de los escapes de las fábricas y de los numerosos buques y deslizadores industriales que visitan El Puerto de Santa María. Y a pesar de eso, el sol de la tarde parece filtrarse sin problema a través del aire venenoso, y cae afilado sobre el pavimento desgastado del sector portuario. Echo en falta mi máscara antigás, olvidada esta mañana en la habitación del hotel, mientras mis pies se arrastran a lo largo de los tres kilómetros de ardiente asfalto del Joint Bridge. Tengo que parar a menudo para coger aire, y aprovecho apoyado sobre la barandilla para echar un vistazo al oscuro mar interior, muerto por el petróleo y los residuos químicos. El viejo Joint, un puente colgante de acero corroído que comunica la city con el barrio del puerto, fue construido antes de que las aguas del Atlántico dejaran de entrar en el cabo, antes del desastre del petrolero Black Waters, cincuenta años atrás. Continúo mi camino y por fin el Joint termina, pero la carretera continúa como una larga avenida hacia un ardiente infierno de metal. Por fortuna, la taberna en la que debo encontrarme con el personaje de esta semana está cerca, en un callejón lateral a tan sólo unos metros del puente, y a menos de cuatro kilómetros del deslizador de alquiler que me ha traído hasta aquí. Lo aparqué antes de cruzar el Joint. El gerente de la franquicia Rent-a-Slider, Joe, me aconsejó que así lo hiciese, sin duda más preocupado por el aparato que por mis pulmones. “El negocio es el negocio”, no se cansaba de repetir. Según parece la zona es especialmente conflictiva: “¡En el puerto te ventilan el carro en lo que tardas en tomarte una Alhambra fresquita!”.

Así que aquí estoy, frente a las sucias y pesadas puertas metálicas del tugurio en cuestión, empapado de sudor, sin aliento y ridículamente armado con un grasiento trozo de acero que se me clava en la cadera izquierda. Joe me aseguró que lo necesitaría, y me hizo un buen precio por esta pesada antigualla. Quizá porque pensó que así podría defender con mayor éxito su chatarra volante, el negocio es el negocio. Apenas sé como

funciona este chisme, así que espero no tener que sacarlo. Desde fuera el antro parece realmente peligroso, así que es posible que el hierro me sea de utilidad, a fin de cuentas. De un antiguo barco arrastrero el dueño y barman ha fabricado un *acogedor* club para traficantes y piratas. La pintura gris está acorchada por años de calor y humedad, y cae sobre el pavimento como las escamas resacas de un pez muerto. No se aprecia, no obstante, porque la acera está abarrotada de desperdicios y envases de comida rápida, sedimentados en estratos de diferente antigüedad. A babor y con gruesos pernos oxidados se sujeta al casco un letrero de leds azules, la mitad fundidos, que parpadean a plena luz del día el nombre del lugar: “El Rata”. El marco de la puerta principal es un burdo corte a soplete del que ni siquiera han limado las rebabas. El local comparte el mismo aspecto que las demás madrigueras del puerto, un montón de chatarra corroída por la sal y el ácido; gris como el cemento, sin adornos, sin vida. Es como si el mar hubiese escupido de golpe toda la basura que una vez le echamos nosotros, dando así forma al distrito portuario. Una pequeña ciudad a parte, separada del centro por el viejo puente colgante. Un laberinto de callejuelas que serpentean entre las maltrechas barcazas y los contenedores de mercancías abollados que hacen las veces de almacenes, hostales, lupanares y cantinas para marineros, delincuentes y *John Does*, desertores de algún negocio fracasado.

Las puertas son pesadas y chirrían. Al entrar me golpea una ola de tabaco, alcohol vaporizado y sudor añejo. Aún es pronto y decido esperar al sujeto de la semana sentado en un extremo de la barra, sobre un incómodo taburete de plástico deformado y tragando humo como nunca lo había hecho antes. Ya llevo aquí un cuarto de hora y tan sólo tres cervezas, por lo que el feo hombrecillo tras el mostrador me mira con desprecio, cada vez que termina de servir otra pinta de Alhambra con su brazo robótico. Supongo que es desprecio lo que veo en sus ojos, aunque su rostro está tan arrugado que aunque sonriese asustaría a cualquier niño bien crecido. Alhambra es la marca local de cerveza, y por lo visto la más apreciada. Es lo que he pedido desde que entré, pero eso no me ha servido para pasar inadvertido. Cada vez que empino el codo y trago el oscuro líquido de mi jarra, siento las miradas inquisitivas de la clientela. Gigantes musculosos y tatuados, apenas cubiertos por raídas ropas de goma y plasticuero, putas de mala racha haciendo horas extras, hombrecillos demacrados con nerviosos ojos de ratón jugando a naipes, alguna que otra mujer con brazos tan anchos como mis propios muslos, fumando gruesos puros, jugando al billar y riendo a carcajadas con voz ronca y atronadora... Sigo esperando un rato más.

Parece que el Bar del Rata no es tan sólo un lugar de recreo. A simple vista se distinguen algunas pequeñas transacciones; comercio, negociación y pago de deudas, todo muy discreto. A dos taburetes de distancia observo algo llamativo y de mayor envergadura, a lo que sin embargo nadie, a parte de mí, parece prestar atención. Un tipo enorme, moreno y con coleta, acaba de recibir la visita de un salaryman, delgado, menudo y pálido como un fiambre. No podría asegurar a qué kaisha corresponde el esqueleto uniformado, pero no hay duda de que pertenece a una de las castas superiores dentro de su compañía. Jamás me hubiese imaginado que podría ver un traje corporativo en este tipo de establecimiento. Su visita es extremadamente breve, no obstante. Como un ataque relámpago, penetra en el salón empujando con esfuerzo las chirriantes compuertas grises y se dirige después hacia el gigante de coleta. Sin titubeos, la vista al frente, sus diminutos ojos ocultos por unas lentes oscuras de sospechosa función. Los brillantes zapatos van perdiendo su fulgor a medida que el aserrín húmedo por la bebida

derramada se adhiere a la dura superficie oscura. Cuando llega a la barra, junto al tipo de coleta, pega un tirón de su hombro y sobre el costroso mostrador de chapa descarga la mercancía, un estrecho maletín de aluminio. Y sin más, sin mediar una sola palabra con el pirata, el salaryman abandona el lugar; nadie lo distinguiría de un droide trajeado dirigido por control remoto. Observo ahora al robusto contrabandista, parece que se dispone a comprobar el contenido del envío, pero... ¡Mierda! En ese justo instante levanta la vista del maletín y la dirige hacia mí. Sus ojos me apuñalan durante un interminable segundo. Un intrincado tatuaje maorí cubre su rostro de gorila, lo que me acojona aún más. Logro deshacerme de esa mirada asesina volcando la jarra sobre mi boca. Engullo medio litro de cerveza de una sola tacada, realizando un vano esfuerzo por evadirme de la penosa situación en la que me he colado. Durante los tensos dos minutos siguientes mis ojos divagan por las paredes del bar, en dirección opuesta al forzudo de greñas. Un arpón roñoso por allí, desgastados guantes de *lucha final* por allá, un par de bastones de eskrima... No aguanto más, estoy mareado y necesito orinar. Hay que echarle valor. Los buenos lectores recordarán situaciones aparentemente más graves en las que me he visto envuelto. Decido levantarme y camino de forma casual hacia el baño, justamente situado al otro extremo del mostrador. Parece que hay suerte, el tipo está echado sobre la barra, la prominente barbilla casi apoyada en el aluminio del maletín, el puño izquierdo en alto mientras su mirada escudriña tranquilamente la burbujeante sustancia en el interior de la jarra pulida por el desgaste. La otra mano, sin embargo, continúa fuertemente asida al dichoso maletín. “¡Joder, en serio que ni me incumbe ni me interesa lo más mínimo tu business, pal!” Me acerco con cautela. A dos pasos de distancia ya huelo su esencia de animal agresivo. Estoy encima y pasando. Con el rabillo del ojo vigilo sus anchas espaldas, cubiertas por un chaleco de plasticuero lleno de parches y hologramas. Parece que estoy fuera de peligro...

- ¡¿Quién coño eres, bastardo cabrón?!

Apenas soy capaz de procesar las palabras, penosamente pronunciadas con fuerte acento sureño, antes del golpe. Desde el taburete, el tipo gira a medida que se levanta como un resorte y proyecta el peso de su cuerpo de gigante sobre el maletín, que tras un arco de ciento ochenta grados atiza mi barbilla con tremenda energía. Tras un corto vuelo por el aire contaminado del tugurio, aterrizo sobre una mesa de chapa que se viene abajo, y por si fuera poco mi cabeza rebota un par de veces contra el suelo de hormigón. Pero para entonces ya estoy inconsciente. El dolor de cabeza se une al efluvio de un charco de cerveza rancia cercano a mi cráneo maltrecho, y empiezo a delirar: ¿Soy el corcho de una vieja botella de Rioja?

Mi consciencia se va de paseo durante al menos diez minutos. Y cuando por fin regresa, descubro con aprensión que frente a mí hay un rostro aún más simiesco que el del tipo de coleta. Cientos de diminutas y pálidas cicatrices recorren la faz quemada por el sol, y una sonrisa siniestra deja entrever dientes rotos y piezas implantadas de color dorado. Sus ojos me observan fija pero descuidadamente, como un entomólogo antes de diseccionar un nematodo común.

- ¡Tranquilo, colega! ¡No ha sido para tanto, ja, ja! -Brama el gigante entre carcajadas.

Su aliento es tan fuerte como el de una bestia salvaje. Con esos dientes afilados

podría arrancarme la nariz en cualquier momento. Por un instante creo que me lo haré en los pantalones. Pero la incómoda humedad que siento entre las piernas me indica que hace ya un rato que me lo hice. ¡Joder! Pensé que eso nunca me pasaría a mí.

- ¡Ah! No te preocupes por eso -dice el tipo, leyéndome la mente-. Probablemente te measte cuando estabas KO. Es normal, tío. No te castigues por eso, je, je. -Aparta ahora un poco más sus terroríficas mandíbulas de mi cara, y sólo entonces me veo capaz de desviar la mirada de sus dientes de oro. Sus ojos son castaños y suaves... Y por algún extraño motivo empiezo a confiar un poco más en este simpático asesino.

- Discúlpame, pero... ¿quién eres tú? -Logro pronunciar entre tragos de sangre y pequeños trozos de marfil. Intento levantarme, pero me duelen las costillas.

- Soy John, el Escorpión. Y tú eres Torres, el periodista, ¿verdad? -Me lanza su mano gigante y fuerte como el hormigón, estrechando la mía; sorprendentemente, sin aplastarla. Sus ojos tranquilos hablan de paz, pero su faz siniestra y su fuerte cuerpo braman un rugido de guerra y violencia.

- Encantado, ¡cof, cof! -Con su ayuda consigo incorporarme. Las costillas han debido clavárseme en los pulmones durante la caída. Mi cuerpo reposa sobre una gruesa bovina de madera, cubierta en parte por un cómodo almohadón de redes de pesca de kuralón y flotadores de goma. Estamos en el interior de una estrecha cabina del buque. Palpo con espanto mi boca rota y sanguinolenta mientras escudriño la habitación. Hay un par de ojos de buey cubiertos de polvo por los que aún entran algunos rayos del sol poniente. Por la perspectiva supongo que me encuentro en el nivel superior del Bar del Rata, cerca de la cubierta.

- ¿Necesitas algo más, Johnny? -Grita el feo barman desde la puerta. No me había dado cuenta de que estaba ahí. Con su eficaz prótesis mecánica sujeta la manilla circular de la compuerta, impidiendo que el resorte de acero la cierre.

- ¡Claro! Traenos un par de botellas de Vodka bien fresquitas, por favor -responde el gigante de cicatrices dirigiéndose al Rata.

La luz rojiza de la cabina emboza su rostro en sombras, mostrándome un dorado perfil griego. Es una bella escultura clásica, aún con esa nariz quebrada por la intemperie de la vida. Posa ante mi el busto de un recio guerrero, agresivo y apacible al mismo tiempo. Así que éste es nuestro personaje de la semana, amigos míos. John Smith, un kaizoku, un pirata asalariado. Aprovecho para observar con atención ese físico peculiar. Su cuello de toro soporta un cráneo cuadrado que lleva casi rapado. Tan sólo una cresta baja, de fuerte pelo castaño y cano, decora su sesera. Las orejas son pequeñas y en forma de coliflor. Nadie se preocupó en curarle cuando le partieron la nariz, que tiene achatada y algo desviada. Estoy seguro de que con esas mandíbulas musculosas y prominentes podría levantar uno de los barriles de cerveza que el Rata tiene dispersos por todo el bar. Aún sigue arrodillado para estar a mi altura. Una de las enormes manos reposa sobre su rodilla. Sus gruesos antebrazos recuerdan a las zarpas de un león, su bíceps y tríceps marcan cada una de sus fibras en la piel morena, y su pecho ancho y voluminoso está a punto de reventar la ajustada camiseta negra de nylon. Todos sus músculos están relajados pero parecen tirantes como cables de acero. Capto ese instante

en el tiempo. La luz del atardecer filtrándose a través de los ventanucos, creando sombras en su cuerpo de bronce, dibujando su oscura silueta de gladiador. Eso es, de gladiador. De repente me viene a la mente el recuerdo del hombre y del personaje que describe Howard Fast en aquella novela histórica que tanto me conmovió de niño. Y aunque John debe ser algo más alto y voluminoso que aquel Espartaco, incluso con el aspecto siniestro que le confieren las cicatrices de su rostro, transmite esa serenidad, esa bondad, esa paz interior que todos los esclavos supieron ver en su amigo y compañero...

- Ahora os la subo -responde el barman con voz ronca y grave. Desaparece tras la puerta, que golpea con fuerza el marco, rebotando y quedando entreabierta unos centímetros. Los cierres están oxidados y retorcidos, al igual que el muelle del resorte. Una nube de polvo cae del bajo cielo de acero y miles de motas de polvo vuelan aleatoriamente cruzándose en el camino de los fotones de oro.

El alcohol por mis venas, la adrenalina quemada, el golpe en la cabeza, la luz dorada o la inestimable bondad de un segundo de silencio... no sé qué es, pero me siento tranquilo en este pequeño cuarto de metal, mientras los últimos rayos del día calientan mi espíritu, destemplado por la fría tormenta de aluminio. Ni siquiera me interesa realmente el paradero del traficante que me ha hecho mojar los pantalones, aparte del nada deportivo gesto de romperme los dientes. Sin embargo, es lógico que lo pregunte y aún debo escribir mi historia para el diario que me da de comer.

- ¿Qué pasó después de que ese cabrón abollase el maletín con mis piños? -pregunto balbuceante, y escupo después un gargajo de sangre que me impide hablar con dignidad.

- Mmm, nada interesante. Tuviste la fortuna de que llegué en ese preciso momento. ¡Joder que vuelo, pal! ¡Ja, ja! Ese tipo, el de coleta, es un viejo conocido, un paranoico mal educado, cabrón y violento las veinticuatro horas del día. Gracias por darme la excusa perfecta, ya le tenía ganas.

- ¿Qué le ha pasado? -le pregunto con sádica satisfacción.

- Ah, tuve que romperle los dientes, los brazos, las piernas y algunas costillas. Pero no solo por ti, por incordiar a un invitado mío, que ya es grave. Ese maletín no debió entrar aquí. En el bar del Rata hay algunas normas que respetar, no se pueden traer problemas sin tener problemas. En este *sagrado agujero* no son bienvenidas las corbatas, traen problemas, y ese cabrón de coleta debía imaginarse lo que iba a pasar. Pero es fuerte y se recuperará, no hay por que llorarle aún...

- Muchas gracias, John. Lástima el habérmelo perdido. -Parece que la hemorragia ha cesado, y palpo con la punta de la lengua lo que parecen algunos puntos en mis encías. Quizá el viejo Rata me curó cuando aún estaba inconsciente y mientras Johnny se deshacía del voluminoso cuerpo deshecho del tipo de coleta.

- No hay de qué. La próxima vez saca sin pensártelo el bulto que llevas bajo la camisa, ¡ja, ja! Uno debe defenderte, siempre. Es la ley del puerto.

- Lo haré -digo, recordando el maldito hierro. Lo saco y lo arrojo a un montón de

redes manchadas de petróleo crudo que aguardan pudrirse en un rincón del estrecho camarote.- ¿Te apetece que empecemos la entrevista, Johnny? -Sus ojos afables me indican que puedo utilizar el diminutivo. ¿Os dije que, sin razón aparente, me empieza a caer bastante bien este gigante?

- ¡Claro! -dice alegre, mientras coge un pesado bidón de combustible con una de sus manazas y lo arrastra hasta ponerlo frente a mi bobina de madera, donde me he acomodado como si fuese mi propio trono. Se sienta después sobre el barril y su enorme peso hace chirriar el material herrumbroso.- ¡Dispara!

*

J. Torres:

¿Qué puedes contarme acerca de las kaisha?

Escorpión:

Pues para empezar te diré que yo no nací aquí, en los barrios libres. Mis padres eran operarios de categoría B en una franquicia al servicio de kaisha Henson. Estaba especializada en la inyección de titanio en moldes. Fabricaban las toberas de los propulsores de la marca para aerodeslizadores de gama baja. Pero tras una disputa con el capataz, mis padres fueron degradados y después traspasados a otra franquicia. Su nueva tarea, y por lo tanto también la mía, era limpiar los residuos de las cadenas de montaje, una categoría F. Fue entonces cuando mis viejos empezaron a pudrirse. Yo escapé antes de que la escoria del titanio enterrase mi espíritu. Un día tan malo como otro cualquiera decidí extirparme el biochip de seguimiento que nos implantaban bajo la piel del antebrazo. A nadie le importan los pequeños bastardos de una casta F, así que tras saltar algunas alambradas de espino me gané la libertad... y algunas cicatrices. Estoy seguro de que nadie lo advirtió. Ni siquiera mis propios padres, que se comportaban como unos putos zombies. Quizá un par de cámaras lo hicieran, pero mi vida miserable no valía la molestia de buscarme. Pasé una temporada comiendo desechos y viajando de polizón, dando tumbos de un lado a otro entre los barrios bajos de otras kaisha. Y por fin llegué hasta Freetown, la ciudad libre más cercana que encontré. Y aquí he vivido felizmente desde entonces.

J. Torres:

¿Cómo era la vida en la franquicia?

Escorpión:

Una verdadera mierda. Un infierno. No entiendo por qué siguen allí. La gente de la kaisha estaba clasificada en dieciséis castas, de la 0 a la F, siendo la 0 la casta superior. Nunca vi a nadie superior a un 7. Y si perteneces a una A es casi imposible alcanzar un 7, ni tus hijos ni tus nietos lo harán, por muy brillante y trabajador que seas. El sistema está diseñado como una pirámide, y los currantes siempre estarán en la base. Cuando mi familia pertenecía a la A, yo trabajaba desde los seis años, pero tenía escuela, algo de tiempo libre y servicios sociales. En el biochip de mi brazo almacenaba mis ahorros, que podía gastar fácilmente en las galerías de juego, en los bares... Los de la A estábamos satisfechos con lo que teníamos, con tener más que los de la B, aunque fuese insuficiente. Cuando entramos en el nivel F... éramos esclavos. No me permitían ir a la

escuela, no tenía horas de descanso para pensar, solo podíamos comer y dormir escasamente... Eramos animales, o eso pretendían que fuésemos. A los robots de producción se les prestaba más atención. Vivíamos en un ghetto sucio y gris, sin vecindario, sin comunidad, porque no había energía para ser amable con los demás y dedicar un pequeño esfuerzo a mejorar el barrio. Cuando a la gente se la rebaja a ese nivel, luchan entre ellos por un mendrugo de pan y nadie da nada gratis. Lo importante y lo único que uno tiene es la vida, y la defiende de forma indecorosa pero práctica, la mayoría de las veces. Odiaba esa mierda. A la vuelta del trabajo, cuando salías de los apestosos vagones del tubo, tan cansado que costaba mantener abiertos los párpados, veías tras las verjas a los chavales del nivel 8 jugando al tenis, con su ropa desgastada pero limpia y sus raquetas de colores brillantes. Y sabías que jamás podrías colarte en esa pista, y nunca podrías comprar un equipo como ese... unas putas raquetas... porque tu biochip ya no almacena ni siquiera un precario salario. Eres un esclavo.

J. Torres:

¿Qué experiencias tuvo tras abandonar la Kaisha?

Escorpión:

Henson era y seguramente sigue siendo una de las compañías más estrictas y represivas. Logré cruzar la frontera arrastrándome durante más de diez kilómetros de tierra muerta, untado de barro y aceite industrial para que las auto-ametralladoras no me agujereasen el culo. En la kaisha vecina había más libertad. Los ghettos estaban separados más discretamente y podías saltar de uno a otro sin problema. Me alimentaba junto a las ratas o de ellas, según abundasen o no las sobras de las cantinas de las fábricas. Pero después me enteré de la existencia de las maras. Conseguí meterme en una y la cosa cambió.

J. Torres:

¿Que edad tenías entonces?

Escorpión:

Unos... dieciséis. En la pandilla salí del pozo de mierda en el que me encontraba. Cuando huyes, te escondes y comes desperdicios... empiezas a pensar que eres una rata más, o algo peor, porque no tienes compañeros. Pero los chicos de la mara 28830 me dieron lo que necesitaba, una identidad humana y un escape para mi ira. Me acogieron como a uno más. En esas pandillas de baja categoría sólo hay cabecillas temporales, que se ganan el prestigio peleándose con todos los demás. Es lo más justo. Yo llegué a ser su cabecilla una temporada. Robábamos, asaltábamos, saboteábamos y dábamos palizas por encargo... En esas kaisha la Ley sólo protege la propiedad de las castas superiores, y deja libertad de acción para el resto. Así que nosotros éramos parte de la ley de los bajos fondos. Al principio era divertido. Que un capataz había manoseado a una niña de nivel inferior, pues su padre nos traía material o comida o dinero, y a cambio nosotros triturábamos los huesos del puto abusón. Al poco tiempo nuestra mara ganó influencia. Y entonces empezaron a llegar encargos de más arriba. En todos los casos se trataba de intimidar o joder a los de abajo. Los chicos no tenían problema en llevar a cabo lo encomendado, y además los pagos eran muy superiores. Para ellos lo importante era la pasta. Pensaban que algún día podrían escalar niveles en el sistema hasta alcanzar una posición más cómoda. Seguramente muchos lo lograron y ahora son capataces o jefes de seguridad de la kaisha. Pero esos encargos fueron un insulto para mí. La injusticia que

había sufrido en mis años de esclavo no la podía tolerar para ningún otro. Ni por todas las fichas del mundo. Fue extraño porque no esperaba esa reacción de mí mismo. Unos meses antes, cuando vivía en la calle, mi mente tenía como único objetivo conseguir alimento, y hubiese matado a cualquiera para conseguirlo. Pero ahora era diferente. Se trataba de acumular, y de hacerlo a base de torturar y presionar a los de nuestra propia clase... Tuve que abandonar la kaisha, no sin antes partirla el cráneo al cabecilla de turno para que me dejase ir.

J. Torres:

¿Cuándo decidiste emigrar a un barrio libre, fuera del control de las kaisha?

Escorpión:

Bueno, después de eso viajé de kaisha en kaisha, aprendiendo trucos y maneras para pasar inadvertido sin que los sistemas de seguridad de las corporaciones me jodiesen. Y en una de las maras de las que fui miembro conocí a un tipo muy curioso del que me hice muy amigo. Sony había sido miembro de una casta superior. Fue sysadmin, desarrollador o alista, o alguna mierda de esas. Era un experto en sistemas y redes de datos. Su historia era oscura, pero yo respetaba su intimididad. El caso es que me enseñó todo lo que mi seco cerebro pudo aprender sobre IINet. Conseguimos varias consolas, y Sony logró puentear un enlace anónimo a la red. Navegamos durante meses, doce y catorce horas al día, pirateando y saqueando fondos, manipulando a nuestro interés algunos decimales en transacciones millonarias. A parte de los negocios, obtuve mucha información sobre el mundo real, a la que nunca antes pude acceder. Empecé a entender el Sistema, y también descubrí que había lugares fuera de su control. Los barrios libres, donde un mermado poder central intenta suministrar las necesidades básicas a todos los usuarios requiriendo de ellos sólo lo justo, donde las empresas son cooperativas, donde nadie tiene el derecho a irrumpir en tu vida y tratarte como a un esclavo... Bueno, me lo imaginé como un paraíso. Además quería ver el mar. Vi fotos, vídeos, navegué en simuladores marinos... pero era tan raro que quería verlo realmente. Tanta agua, sin edificios, sin fábricas, sólo agua... La realidad superó como siempre a la RV. El olor, el cálido sol de la tarde sobre las brillantes aguas, la brisa...

J. Torres:

Pero ya disfrutabas de cierta libertad allí en la kaisha, ¿no es cierto?

Escorpión:

Sí, claro. Nuestra mara pagaba sobornos y hacía negocios sucios para varias franquicias dentro de la kaisha. Y si te mantenías al margen de ciertos asuntos y tenías cuidado podías ser transparente. Pero me sentía vigilado, atado... un error y podía volver a ser un esclavo, limpiando ceniza en una fundición...

J. Torres:

Así que cruzaste la mayor de las fronteras... Y viniste a Freetown.

Escorpión:

Sony sufrió un percance con un *hielo* mientras intentaba saquear unas cuentas... Los *hielos* son peligros sistema de seguridad; algunos son capaces de joder la mente, crean en tu cerebro enlaces neuronales parásitos... bucles infinitos que te mantienen ocupado sin responder a ningún tipo de estímulo... te dejan colgado. No podía hacer nada por él. Era un vegetal babeante. Me hice cargo de que alguien lo mantuviese cuidado.

Teníamos mucho dinero en cuentas ficticias. Quizá debí terminar con su vida... Pero no tuve valor. Sentía una urgente necesidad de huir de allí, y nada ni nadie me lo impediría. Me costó dinero y esfuerzo, pero por fin lo conseguí. Y el día en que el último sucio y maloliente aerobus de mi trayecto descendió sobre un rascacielos de Gibraltar, baje, me acerqué a la barandilla y vi el mar... joder, fue el mejor de mi vida.

J. Torres:

Y te convertiste en una de las estrellas de *lucha final*...

Escorpión:

Ja, ja. No tanto... Tuve suerte de conocer a un gran maestro que me dejó entrenar en su gym. Allí hice buenas migas y seguí peleando y aprendiendo, hasta que me decidí a combatir profesionalmente. Me salió bien. Fue mi época dorada, ja, ja. Muchas chicas, muchos fans, fichas más que suficientes para gastar en mis pocos vicios...

J. Torres:

Pero lo dejaste para trabajar como pirata asalariado...

Escorpión:

Bueno, todo tiene una fecha de caducidad... Mi cuerpo estaba un poco desgastado y mi ánimo necesitaba aventura. El dinero también era importante. Me gusta tomarme algunas largas vacaciones de vez en cuando... Algunos ex-luchadores me metieron en el tema. Fui aprendiendo.

J. Torres:

¿A qué se dedica exactamente un kaizoku como tú?

Escorpión:

Robamos, asesinamos, secuestramos, usurpamos, sabotamos, destruimos... Supongo que mi trabajo es llevar a cabo todas aquellas tareas que no pueden ejecutar abiertamente las corporaciones del sistema de kaisha. Tareas desagradables e ilegalizadas por el Tratado de Protección Comercial de 2119, pero que las propias entidades requieren para alcanzar un nivel superior dentro del sistema. Se supone que en el mercado de kaisha asciende el mejor, que hay libre competencia entre franquicias, transparencia en las negociaciones, y total flexibilidad para los negocios. Pero en la práctica esas reglas no se cumplen, y los mayores beneficiarios de que eso ocurra son los que en teoría velan por asegurar su cumplimiento. Las kaisha de más alto nivel dentro del Comité 2119 han llegado ahí mediante conspiraciones, espionaje, guerras encubiertas... gran parte de ese esfuerzo ha sido realizado por grupos kaizoku. Cuando pienso en toda esa mierda... seguramente es que soy demasiado bruto... ignorante... pero la mayoría de las normas complicadas, de los sistemas enrevesados, estoy seguro de que siempre han supuesto una trampa para la gente honrada. Una trampa para robarle al hombre sencillo el fruto de su esfuerzo y alimentar así al bribón de turno. De una forma u otra mi trabajo demuestra que el sistema de kaisha es una gran mentira. Allí hay personas que trabajan hasta el agotamiento, sin tiempo para pensar y comprender que son esclavos... mientras que unos pocos disfrutan de un exceso de bienes, y en su abundancia de ocio prefieren no pensar, claro está, en la penosa situación de sus hermanos humanos...

J. Torres:

Bueno, yo me considero un tipo relativamente culto y comparto contigo la idea de

que las cosas hechas para bien son sencillas de comprender. Cuando algo que podría exponerse de forma sencilla se enrevesa a propósito es porque existe la voluntad de desviar el recto cauce según convenga en cada situación. Pero pasemos a la siguiente pregunta. ¿Qué diferencias podrías resaltar entre el sistema de kaisha y los barrios libres como Freetown?

Escorpión:

Fue un gran cambio. Cuando conseguí escapar de allí dejé tras de mí un gran peso. Es el control... dejé atrás el control. Aquí nadie me vigila, nadie tiende una fina red de araña para esperar a que caiga. Hay un sistema de gobierno central, es verdad... Pero no se entromete en mi vida privada. No me roba... en cambio, consigue financiación de las empresas y cooperativas y lo invierte por completo en la infraestructura del barrio. ¡Creo que si lo pides te dan asistencia médica! Bueno, al menos para los que no puedan permitirse otra cosa. Desde luego esto no es un paraíso. Lo sé, lo comprendo. He leído algunos artículos tuyos sobre economía crítica. Ja, ja, vine preparado. Pero para mí es más que suficiente, pal. Al menos en comparación, esto es el paraíso. Aquí nadie me da ordenes si yo no quiero aceptarlas, me puedo defender sin que nadie me robe la libertad, y si un día decido quedarme mirando las olas, tumbado en la playa, viendo como las gaviotas picotean los cardúmenes de algas manchados de petróleo hasta que se me agoten mis fichas, puedo hacerlo sin que nadie me fustigue... Aquí la gente se ayuda mutuamente, porque nadie les ha lavado el cerebro con esa mentalidad de hormiga trabajadora. Cada uno es uno más y tan valioso como otro cualquiera.

J. Torres:

¿Cómo crees que podría mejorar el sistema de los barrios libres?

Escorpión:

No lo sé amigo, ja, ja. Ya te digo que no lo veo tan mal. Quizá enseñándole a todo el mundo, a los críos que se conectan a IINet todo el día, los peligros reales del imperio de kaisha. Enseñarles lo buena que es la libertad de poder elegir qué hacen con sus vidas... Enseñarles el buen rollo... En fin, ese es tu trabajo, pal.

J. Torres:

Hago lo que puedo, Escorpión :) . Por último: ¿Crees que es conveniente la asociación ilícita con el sistema de kaisha? Es decir, ¿es necesaria o incluso beneficiosa la negociación con las corporaciones del Comité?

Escorpión:

Freetown, como muchos otros barrios libres, es un gran mercado negro para ellos. Muchas franquicias perderían su posibilidad de negocio sin los productos que nosotros vendemos. Eso nos da crédito que invertimos en mayor parte en nuestra estructura, porque apenas importamos del sistema de kaisha. Esto por si sólo no es gran cosa. Ojalá estuviésemos a mil años luz de esos malditos cabrones... Pero estando tan cerca... si no les fuésemos de utilidad, probablemente... con total seguridad nos habrían atacado, se habrían repartido las materias primas, humanos y animales incluidos, y habrían montado en nuestro territorio una de sus malditas sucursales repletas de esclavos...

J. Torres:

Claro... Pues eso es todo, Johnny. Muchas gracias por tu tiempo.

Escorpión:

De nada, colega. He quedado con un amigo, Muay, dentro de media hora en el downtown para tomar unas copas. Mañana tenemos misión en kaisha P*****. Vente con nosotros y te quitaré el mal sabor de boca, ja, ja, el de dientes rotos me refiero, ja, ja.

J. Torres:

Ok. Creo que necesito más alcohol en mis encías. ¡Vamos allá!

Por Juan Torres, desde el Puerto de Santa María,
para El Diario de Freetown, 23-09-2208

Fin

César Casanova López
Madrid, 30 de Octubre de 2007